El Club de los PERDEDORES

LORENA AMKIE



El Club de los PERDEDORES

LORENA AMKIE



Crossbooks infoinfantilyjuvenil@planeta.es www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com www.planetadelibros.com Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Editorial Planeta S. A., 2016

© 2015, Lorena Amkie Diseño de la cubierta: Diana Ramírez Fotografía de cubierta: iStockphoto Diseño de interiores: Víctor Ortíz Pelayo www.nigro.com

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2016
ISBN: 978-84-08-15959-9
Depósito legal: B. 16.938-2016
Impreso en España – *Printed in Spain*El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

¿QUIÉN ELEGIRÍA PERTENECER, POR SU PROPIA VOLUNTAD, A EL CLUB DE LOS PERDEDORES?

Los adultos están locos. He escuchado a muchos de ellos contar historias de cuando eran «jóvenes» y se les escapan sonrisitas traviesas y suspiran: «Ah, esos años de instituto...». Digo yo: o están locos o no tienen memoria. Esta es la verdad: el instituto es una porquería. Daría lo que fuera por poder viajar unos diez años al futuro y dejar todo esto atrás. Y pensar que cuando iba al colegio creía que esta sería la mejor época de mi vida... Creía que todo cambiaría, no sé por qué, que yo cambiaría, y también la manera en que todos me ven, que la madurez, las tetas, la regla, la ropa, Facebook, no sé, que algo pasaría después del



verano entre el final de sexto y el primer día de primero de secundaria, y que un día despertaría y sería otra: Alexa reinventada. Pero nadie puede reinventarse. Nadie cambia. Somos lo que somos y esa es la peor condena. Y ¿quién soy yo? Una niña un poco extraña. No debería decir «niña», porque ya tengo catorce años, pero supongo que me sigo sintiendo más pequeña que las demás. Para empezar, siempre he sido la primera de la fila (sí, todavía nos hacen formar y hacer estúpidas rutinas seudomilitares). Hasta hace un año, Mariana y yo alternábamos: a veces yo era un poco más alta, a veces ella, pero en las últimas vacaciones pegó el estirón y parece que seré la más tapona para siempre. No hay muchas esperanzas: mi madre es bajita y mi padre también. Luego: últimamente todas han decidido peinarse el flequillo lacio y de lado, y a mí no se me queda, por más que me paso horas y horas con el maldito secador, el pelo se encrespa y vuelve a donde estaba. Dice mi madre que es porque tengo un «remolino». Whatever. No es un remolino: tengo pelo de escoba y la única manera en que se queda quieto es en una cola de caballo apretadísima y con mucho gel. Cola de caballo... Peinado de niña pequeña. Por si eso fuera poco, soy pelirroja, y no como Mary Jane, de Spiderman, no ese tono sexi, de modelo; más bien un rojo oscuro y feo, y vengo con el paquete de las pelirrojas: pecas en toda la cara. Las odio. LAS ODIO. Un día me las tapé con el maquillaje de mi madre y cuando llegó casi se desmaya: me había acabado todo el bote y por lo visto era una cosa muy cara. De todas for-



mas, las pecas tercas se transparentaban a través de la plasta beige, así que no gané nada. «Todo el mundo sabe que las pelirrojas son las más especiales», me dijo mi madre esa noche, cuando se le pasó el enfado. «Especiales»... Es la palabra que mis padres usan para decir que soy rara. «Especial.» Como cuando un bebé es feo y en vez de decir: «Ay, iqué hermoso!», dices: «Ay..., iqué simpático!». También soy eso: simpática. Soy el bufón de mi casa, la que hace reír a todos con sus imitaciones de cantantes y sus tonterías, pero en el instituto nadie podría adivinar eso, porque casi no abro la boca. Uno pensaría que quedarse callado es la mejor manera de no llamar la atención, pero «uno» estaría equivocado. En mi generación te pueden molestar por las cosas más tontas: a mí me llaman «Fosforito por mi pelo rojo (qué estupidez, ¿no?), a otra chica le llaman «Ingenua». ¿Por qué? Porque los idiotas creen que «ingenua» significa «tonta». No saben nada, pero de todas formas le gritan: «Ingenua, ingenua», y la otra se pasa el día llorando. A Ruth le llaman «Jirafa», ya sabéis por qué. Están el «Negro» (por la piel), «Garfio» (por la nariz), «Lennon» (porque usa gafas...), «Bieber» (porque está en el coro), y una larga lista de apodos. Y claro, los que inventan estos apodos son la gente más estúpida de la clase (ièquién le pondría Lennon de apodo a alguien para molestar?!), pero a ellos nadie los molesta. Son intocables. Se saludan con un beso, se pasan los deberes, se ponen blusas de colores bajo el uniforme. Son los populares. Y se llaman «La Sociedad». Original, ¿no? Uf.

Lo de la altura, el pelo y las pecas no es secreto, pero tengo otras cosas «especiales» que me guardo, porque seguro que las usarían en mi contra. La primera: escribo poemas. Tengo una libreta en la que escribo con un bolígrafo de tinta lila. La guardo en lo más profundo del cajón del escritorio. La segunda: los poemas son de amor. Un día mi madre le contó a mi padre que había escrito un poema de amor y él sonrió con odiosa ternura y dijo: «Eres muy pequeña para esas tonterías». Los padres no saben nada. «¿Cómo puede una "niña" escribir poemas de amor si nunca se ha enamorado?», deben de pensar. Lo cual nos lleva al tercer secreto: estoy enamorada. Pero esa es una historia trágica, así que no vale la pena ni hablar de ella. Basta con decir esto: es mucho mayor que yo (tres años), superinteligente, escucha la mejor música y pinta como un GENIO. Así que, claro, no tengo ni media oportunidad.

Otra cosa que no puedo esconder es que me va bien en el instituto. Bueno, lo traté de esconder una vez y salió peor: mis padres hablaron conmigo y me dijeron que estaban muy decepcionados, que era obvio que estaba esforzándome para sacar malas notas. Tenían razón. La verdad es que los estudios no me cuestan demasiado trabajo. Y, entonces, además de Fósforito, soy una «ñoña», una «empollona». A veces me llaman de una manera, a veces de otra; los más creativos mezclan los apodos y puedo ser «Fosforoña». Ya sé que me debería de valer, pero a veces me da tanta rabia que tengo que irme corriendo al baño antes de que se me escapen las lágrimas. Sí, ya sé que soy



«especial», «diferente» y «original». Pero, ay, demonios, a veces quisiera ser menos especial y más igual que todos.



Me quiero morir. Ha pasado lo peor de lo peor de lo peor. Justo antes del recreo, la directora vino a la clase y dijo que había desaparecido la cartera de Raúl y que no íbamos a salir a comer hasta que apareciera. Empezaron a revisar todas las mochilas y yo traía mi compresa por si acaso y entonces la metí en mi taquilla. La cartera no apareció y la profesora revisó una por una las taquillas de todos. Cuando llegó a la mía, que para colmo es la última de abajo, todos estaban muy atentos y yo me puse roja, lila... No le di la combinación a la profesora y todos me empezaron a gritar «Ladrona». Finalmente, me sacó de la clase y empezó a decirme que estaba muy decepcionada, bla, bla, bla, y entonces le respondí que yo no había robado nada, que tenía ahí mi compresa... Todo se acabó arreglando, pero quería desaparecer del Universo, y aunque el estúpido de Raúl encontró su cartera en el bolsillo de su chaqueta, Fabiola mandó al chat de grupo: «Cerrad bien vuestras taquillas porque la "Ladrona Sanitaria" va a atacar». Hasta le cambió el asunto al chat. Ahora soy la «Ladrona Sanitaria». Lo único que me faltaba.

Leí mis poemas y son una basura. No sirvo para nada. A veces me siento tan sola que querría inventarme un amigo imaginario. Además, le reclamé a mi hermana que se puso mi camiseta nueva sin permiso y se manchó de sal-



sa, y, para colmo, montó todo un berrinche y me acabaron regañando a mí por egoísta. Odio mi vida.



Fui con mi prima a ver la proyección de aniversario de *Eduardo Manostijeras*. Mi madre nos llevó y luego pasó a recogernos a la entrada del cine. Las dos nos vestimos todas de negro, yo estrené un bolso de calaveras que me compré en el mercadillo de Lomas Verdes y hasta nos pintamos la raya en los ojos. Me recogí el pelo en la misma coleta de siempre, pero le di vueltas alrededor y quedó un como un moño, y me gustó cómo me quedaba: como de ballet, pero más guay. Unos tipos nos silbaron a la puerta del cine. Pamela también quería ir, se cogió un berrinche de miedo y, por suerte, mi madre no me obligó a llevarla. En fin, ver esa peli en el cine me superultramegafascinó, desde que salió el título en la pantalla me dieron ganas de llorar de emoción y hasta le hice una foto.

Disfruté cada segundo. Adoro a Eduardo, es perfecto, lo adoro. Solo hay alguien más perfecto que él... Ayer lo vi y me enamoré más (imás!). Llegó como siempre con sus auriculares y llevaba unos vaqueros medio rotos, una camiseta negra, botas negras, uf... Es taaan guapo... Hoy me pidió un carboncillo porque se le había acabado y se me trabó la lengua, maldita sea. Me lo pidió con voz muy bajita, no como la gente que cuando lleva auriculares grita. Su voz es taaan sexi, ronquita, varonil... uf. Saqué la caja de mi mochila y casi se me cae, pero le di el carboncillo

EL CLUB DE LOS PERDEDORES

y, cuando lo agarró, me rozó el dedo. Sonrió como durante medio segundo y esa sonrisa se me quedó grabada en el cerebro desde ayer. Yo creo que me puse toda roja. Si mi padre me hubiera visto habría gritado a todo volumen: «Ay, peque, te pusiste roja, iqué mona!». Él sí que sabe cómo humillarme. :-&

Dios mío, ¿por qué no puedo gustarle? No le pediría nada más a la vida, que le guste, que me bese, que me cante al oído como cuando tararea sus canciones, así, muy bajito con esa voz que me vuelve loca... Sí, claro, sigue soñando, Alexa, Fósfora, Enana, Fea y Empollona. Sigue soñando. Ay, quiero llorar. Guardó sus cosas porque ya se iba y yo lo seguí con la mirada (itonta!), y antes de salir se dio la vuelta, me pilló mirándolo, volvió a sonreír y luego movió los labios, que siempre están resecos, para decir: «gracias». Por lo del carboncillo. Me quedé parada como una idiota y se me escapó una sonrisa. Luego pensé que ojalá le hubiera respondido igual, con los labios y sin voz, «de nada», para que viera mi boca, pero claro, en el momento no se me ocurrió. Se me va a hacer eterna la semana hasta el próximo miércoles.



Ha pasado algo muy raro. No vino la profesora de física y entonces decidieron que jugáramos a beso o bofetada. Odio ese juego, me pongo muy nerviosa y beso al primer chico que me toca para no arriesgarme, aunque sea Marcos (que siempre está sucio de algo) o la Mole (Pablo).

Nunca escojo a uno de los populares porque es horrible que te den una bofetada, pero quedaría peor si dijera que no quiero jugar. Una vez lo hice, me puse a dibujar unos logotipos de mi inicial con la de Adrián, y Fabiola me arrancó la hoja del cuaderno, se la empezó a enseñar a todos y a decir que yo estaba enamorada de Armando y que ni se iba a poner celosa (eran novios), porque yo no era competencia. No me dejaron de molestar hasta que pasó otra cosa y se les olvidó. Pero esa semana lo pasé fatal, y si por casualidad iba a algún lado y ahí estaba Armando, todos empezaban: «¡Uy, la Fósfora está colgada!», etcétera. En fin. Pues esta vez empezó el juego y a las mujeres nos tocó sentarnos y a los hombres, escoger a quién besaban. Fabiola no estaba porque le dio una bronquitis (Lourdes y Cinthya le pidieron a todos veinte pesos para que le mandáramos unas flores y yo no tenía y me empezaron a decir que por eso no tenía amigos. Aj, cómo las odio). Armando fue el segundo en entrar, o sea, que quedábamos todas menos Lourdes, y nos miró a todas rápido y empezó a caminar hacia Cinthya, que obviamente era la segunda más deseada, y ella ya estaba con su sonrisita. No lo vi de frente y al final se volvió hacia mí y me dio un beso rapidísimo. Cuando jugábamos a beso o bofetada en sexto, los besos eran en la mejilla, pero este año los populares dijeron que eso era de empollones y que tenían que ser en la boca para que fuera divertido. No entiendo cuál es la gran emoción si todos ellos ya se han besado en serio. Yo no considero los picos como besos de

EL CLUB DE LOS PERDEDORES

verdad, para nada. Mi primer beso no ha pasado y cuando pase será mágico, con lengua y ojos cerrados y fuegos artificiales. El caso es que me lo dio en la boca, con los labios cerrados (obviamente), pero de todas formas me supo un poquito a chicle, y aunque duró un segundo, nos miramos a los ojos. Lo malo fue que me quedé paralizada como una idiota y no le devolví el beso. Siempre que alguien besa, todos empiezan «Uuuy», pero esta vez no. Todos estaban como impresionados de que me hubiera escogido a mí. Yo también, claro. Tampoco le di una bofetada, y se quedó ahí de pie, esperando mi reacción. Entonces me incliné con los labios en posición, pero no calculé y acabé besando el aire, y entonces sí que todos se murieron de la risa... ¿Por qué nada me sale bien? Pero fue raro que me escogiera, todavía quedaban todas las demás. Pero lo eché a perder, claro. Pero fue raro, ¿no? Ay. Mierda.



Ahora los de La Sociedad se sientan chicos y chicas juntos en el césped y cotillean y se sacan fotos y las suben al Facebook. Están de moda las «cosquis»: casi siempre las chicas se las hacen a los chicos o a veces ellos se las hacen a ellas a cambio de un favor o de algo de comer. Se pasan así todo el recreo, Fabiola casi siempre está acostada con la cabeza en las piernas de Armando o del asqueroso de Raúl mientras los dos le hacen cosquillas, uno en cada brazo, como si fuera una sultana o algo. Ahora se cortó el pelo a capas y segu-

ro que el lunes todas lo van a traer igual. Si yo me hiciera capas, el pelo se me erizaría mil veces más. Ahora resulta que está haciendo una dieta nueva y que para las vacaciones va a haber bajado cuatro kilos comiendo todo lo que quiere. Ya, sí, ni que fuera tan fácil. Yo iba pasando por ahí cuando estaban hablando de eso y ella se subió la camiseta para enseñarles a todos (o sea, a Armando y a Raúl) que estaba más flaca. Se le llegó a ver el hilo del tanga rosa. Zorra.

¿Cómo pueden usar eso? Le pedí a mi madre que me comprara uno y me lo quité a la media hora. Aunque, claro, si estuviera más delgada... El caso es que Raúl sacó el móvil y le tomó una foto, y justo estaba yo pasando por allí. Por la tarde vi que habían subido la foto al Facebook... iy que me habían borrado la cara! La verdad es que me sentí fatal, como un estorbo o como un fantasma sin cara. Y claro, todo el mundo le dio a me gusta a la panza de Fabiola.



Últimamente me siento en el recreo con Nadia y con Mariana. Nos vamos a la terraza del tercer piso, que está medio escondida, y ponemos lo que traemos de comer en el centro y lo compartimos todo. Si no estoy de humor, me pongo a leer ahí en la terraza. No es que seamos tan amigas, no les cuento nada de mis cosas, pero es mejor que quedarme en clase y que parezca que estoy estudiando cuando en realidad estoy escribiendo o dibujando. Además, a mí me conviene: mi comida es la peor del mundo... Mi madre y sus ideas naturistas. Sándwiches integrales sin



mayonesa y con queso fresco que moja todo el pan, asqueroso. Avena que se seca toda y es un engrudo incomible. Agua con pepino y chía o no sé qué. Ya le pedí mil veces que mejor me dé dinero para la cafetería, pero dice que así no puede saber qué porquerías estoy comiendo y que prefiere cuidar mi nutrición desde casa. De todas formas, la cafetería es territorio de La Sociedad, porque cuando no están en el césped acurrucados entre todos, están en las mesitas de allí. En el recreo nos dejan poner música y obviamente siempre es la que ellos escogen: Justin Bieber, Selena Gómez y One Direction, y no sé qué otras porquerías. Una vez la Mole llevó un disco que él había grabado y no lo dejaron poner ni la primera canción. De todas maneras, ¿qué escuchará Pablo? Nada bueno, seguro. Yo pondría la mejor música: Hole, Cardigans, No Doubt, Madonna... Sí, aunque no sea rock, Madonna es Madonna. También he conocido mucha música nueva de la que escucha Adrián, rock viejo, como los Rolling Stones, Pearl Jam, The Doors, etcétera: cuando está concentrado pintando, me asomo a su iPod y luego descargo la música de internet. Si no fuera por él, no iría a las clases de pintura. Soy pésima, pésima, pésima. Llevo casi dos años y no paso de copiar jarrones y frutas. El otro día Adrián estaba tarareando Wish You Were Here de Pink Floyd y reconocí en qué parte iba y la canté en mi cabeza al mismo tiempo. Fue como si hubiéramos estado conectados, y yo le decía «quisiera que estuvieras aquí», aunque estábamos en el mismo lugar, pero no realmente...

Empecé a llevar auriculares a clase y el otro día se me rompió la punta del lápiz y cuando me di la vuelta vi que Adrián estaba con los ojitos medio cerrados... Creo que estaba tratando de ver la pantalla de mi iPhone. Se la acerqué y sonrió, y yo me quité los auriculares mientras pensaba que al fin iba a conseguir hablar con él, pero se volvió de inmediato y siguió pintando con sus auriculares puestos... Ya sé que no me debería hacer ilusiones... Seguro que solo quería ver qué porquerías escucha la niña pelirroja de clase de pintura... Por cierto, estaba escuchando *Ojos claros, labios rosas* de Ely Guerra. A mí me encanta, pero no sé si él escucha música en español... Quién sabe qué opinó de mí. Ahora no puedo dejar de cantarla en mi cabeza y solo pienso en él y en sus labios rosas que quiero besar... «Tengo el corazón herido...»



Qué día. No puedo creer todo lo que ha pasado, y ahora a ver qué más va a pasar. Sigo un poco en *shock* por lo que hice, pero no hay vuelta atrás y, la verdad, no me arrepiento. Alguien tenía que hacer algo. Pero, a ver, empiezo por el principio.

El día de por sí empezó raro: por la mañana Armando cruzó toda la clase para venir a saludarme. Yo estaba con Mariana explicándole algo de un ejercicio y vi que caminaba hacia mí con la mano en el bolsillo de los vaqueros, como siempre, y meneando la cabeza (también como siempre). Se había peinado para arriba y llevaba una su-



dadera negra encima del uniforme. La verdad es que estaba guapo (aunque no es mi tipo). Yo miré de reojo alrededor y lo primero que pensé es que iba a saludar a Mariana (¿por qué?), pero no, sonrió un poco, dijo: «¿Qué hay, F... Alexa?», y me plantó un beso en la mejilla. Luego se quedó ahí parado y yo, otra vez, no hice nada. Creo que tartamudeé algo así como: «Todo bien, todo bien», me sentí una idiota, y se fue. Mariana se puso más roja que yo y con los ojos superabiertos se quedó mirando cómo Armando se alejaba. Se muere por él, pero, bueno, eso no es tan raro. En fin. No sé por qué he contado esta estupidez si luego pasó algo muy importante que, además, hace que lo de Armando deje de existir porque después de hoy voy a ser la perdedora más perdedora del instituto. Bueno, la segunda más perdedora. A Ruth (Jirafa, pero obviamente yo nunca la llamo así) siempre la andan molestando. SIEMPRE. No es nada nuevo, pero se ha puesto peor últimamente. A la pobre le dio el sarampión y todavía no se le habían quitado las ronchitas y entonces le empezaron a llamar «Roncha». Un día entró a clase y Fabiola, Cinthya y Lourdes, que estaban ahí junto a las taquillas, se agarraron de las manos y corrieron hasta la otra esquina mientras gritaban a todo volumen que había llegado la «Roncha Radiactiva», que nadie se dejara tocar. Cada vez aguanta más las lágrimas, pero traía una cara... Otro día se tropezó en clase de educación física y a Raúl se le ocurrió llamarla «Cabra» (a ese se le ocurren los apodos más estúpidos, pero siempre pegan) y de ahí derivó a la «Pa-

tas», y, finalmente, la «Pata». Entonces ahora es la Pata, y de repente uno llega del recreo y hay una pata de pollo dibujada en la pizarra y todo el mundo sabe de qué se trata. Además, obviamente, subieron la foto de su caída con quince filtros de Instagram diferentes.

En fin. Esos son los antecedentes. Ah, y el último: ayer estábamos sentadas Nadia, Mariana y yo en la terraza, y Ruth iba pasando por ahí con la mirada baja y esa joroba que tiene por no querer ser alta, y le dije que viniera. Las otras hicieron caras, pero me dio igual. Ni que fueran las más populares para ponerse así. La pobre vino y se sentó un poco más atrás que todas y solo miraba al suelo. Hubo un silencio incómodo y luego yo retomé la conversación: estábamos hablando de la muerte y de maneras de suicidarse, cuál sería la más dolorosa, cuál la más rápida, etcétera. Nos lo estábamos tomando medio en broma, claro, y de pronto, de la nada, Ruth dice: «Lo de las venas no es tan fácil como se ve en las películas». Otro silencio. Mariana siguió comiendo patatitas y juro que crujían más de lo normal. Por suerte, se acabó el recreo y nos fuimos, pero no pude dejar de pensar en ella el resto de la tarde y hasta que me dormí. Cuando éramos más pequeños, le vaciaban botellas de agua en la mochila, le escondían sus cosas, le robaban la comida... ¿En serio habrá tratado de cortarse las venas? Hay gente que está mucho peor que yo. Al menos no se meten «tanto» conmigo porque me defiendo más. Pero hoy fue el colmo. El megacolmo. Llegó la hora del recreo y, como siempre, M, N y yo esperamos a que

EL CLUB DE LOS PERDEDORES

los de La Sociedad salieran del aula para irnos después (han desaparecido cosas «misteriosamente»...). Lo que se me hizo raro fue que Ruth se marchó al mismo tiempo que todos: casi siempre se queda en clase a comer. Nos instalamos en la terraza de siempre, pero yo tenía un mal presentimiento y hasta se me quitó el hambre. No pude prestar atención a lo que hablaban M y N: solo me giraba a ver si Ruth venía, ya que la había invitado. Pero pasaban los minutos y nada. Era obvio que no tenía ninguna otra cosa importante que hacer, ni con quién sentarse, así que me puse más nerviosa y no podía dejar de pensar en lo que había dicho de las venas. De repente ya no aguanté más y me fui con el pretexto de lavarme las manos. En el baño del tercer piso no había nadie. Bajé al del segundo: nadie. Y cuando me acercaba al del primer piso, el que está junto a la cafetería, oí las voces de esas víboras. Traté de entrar, pero habían cerrado con pestillo. «¡Ocupado!», gritaron las tres al mismo tiempo, y se rieron en estéreo. No me gustó. Llamé a Ruth y se hizo un silencio total. Volví a tocar y me gritaron que me largara. ¿Qué le estarían haciendo? En fin, era su problema. Tal vez ni estuviese ahí adentro. Subí el primer tramo de escaleras y estuve a punto de enfilar el siguiente cuando vi desde lejos la puerta de dirección, que me hacía ojitos. ¿En serio vas a hacer eso, Alexa? Tampoco necesitas más razones para que te odien. Avancé hacia las escaleras, regresé... Mi cerebro estaba hecho un lío. Pero al final llegué hasta dirección y llamé a la puerta de la directora. Le conté que creía que algo malo

le estaba pasando a Ruth, le dije en manos de quién y dónde. Un minuto después, la directora estaba ordenándoles a Fabiola y compañía que abrieran la puerta. Yo estaba escondida en la esquina.

- -No estamos haciendo nada -contestaron, y no abrieron. La directora se fue, seguramente a llamar a alguien que pudiera forzar la puerta.
- -Pobre de ti si dices algo, ¿has entendido? −escuché que decía Fabiola, y entonces se abrió la puerta.

El trío de víboras salió disparado escaleras arriba. La directora llegó y encontró la puerta abierta... Dentro estaba Ruth. La directora la guio afuera, rodeándole los hombros con los brazos. Le habían cortado el pelo y su cabeza parecía un nido despeinado. Tenía los ojos muy abiertos y le temblaban los labios. Di un paso adelante, pero no tenía nada que decir, así que me quedé donde estaba. La directora no me vio, pero Ruth sí, y sus ojos estaban llenos de miedo. Su miedo me dio escalofríos y su corte de pelo me revolvió el estómago. Desaparecieron rumbo a dirección y Ruth no volvió a clase el resto del día. Las víboras me estuvieron lanzando papelitos, pero nunca me di la vuelta. Lourdes se levantó para supuestamente ir a la papelera e hizo como que se tropezaba para soltarme una patada en la espinilla: tampoco dije nada. Y era obvio que se estaban riendo de mí. La verdad es que me moría de miedo... Sé que reconocieron mi voz. Creí que las iban a llamar a dirección en cualquier momento, pero no pasó nada en todo el día. A la salida me fui corriendo mientras



ellas se quedaban charlando, para que no me agarraran. Ojalá así se queden las cosas.



Hoy llegué más temprano que de costumbre y me fui a esconder al baño del segundo piso hasta que ya había empezado la primera clase. Preferí llegar tarde que arriesgarme a que las víboras me vinieran a amenazar o algo. Me senté en mi sitio y vi que Ruth no estaba... Mi corazón se aceleró y tuve ganas de mandarle un whatsapp a ver qué había pasado, pero no me llevo tanto con ella: no tengo su número de móvil y creo que no está en el chat del grupo. A la mitad de la clase de mate, el jefe de estudios vino a por ellas. Se pusieron pálidas y me alegré, pero no me duró mucho: antes de salir del aula, Fabiola me echó una mirada asesina y casi la pude oír diciendo: «Te voy a matar». Luego me enteré de que las interrogaron por separado y al principio no querían decir nada, pero cuando amenazaron con llamar a sus padres, Lourdes se puso a llorar y «confesó». Su historia: querían ayudar a Ruth a sentirse mejor y trataron de hacerle un corte de pelo nuevo, pero en el proceso ella se arrepintió y por eso se quedó a medias. Por favor. ¿Qué creen?, ¿que todos somos estúpidos? Pero entonces los padres de Ruth la trajeron al instituto y la directora le preguntó delante de Fabiola y sus secuaces qué había pasado y ella corroboró la historia falsa... Al rato las víboras volvieron a clase, todas campantes: no les hicieron nada. Pero Fabiola me echó otra de sus miraditas y

se me erizaron los pelillos de los brazos. Al final todo fue en vano y ahora voy a tener de enemiga a toda La Sociedad.



La Sociedad tiene su propio grupo de Facebook. Tienes que mandar una solicitud y que te acepten para poder publicar (no la he enviado ni la enviaré, obviamente), pero cualquiera puede ver las cosas que suben, porque entre todos las van compartiendo y al final no importa si estás o no en el grupo: te acabas enterando. En sus fotos, Fabiola siempre sale mandándole besos a la cámara o frente al espejo estrenando algo. Todos tenemos que enterarnos de su ropa nueva y de si bajó cien o doscientos gramos. Bueno, yo no tendría que enterarme, si tan solo lograra despegarme del maldito Facebook... Pero me da morbo, no lo puedo evitar. Y los fines de semana, si fue a alguna parte, pone adónde, qué comió, qué pensó... ¿A quién le interesa? A sus amiguitas, que le dan a me gusta inmediatamente, porque viven conectadas a la abeja reina. Lourdes es de las que pone estupideces de superación personal, tipo: «La amistad es el arco iris que nos ayuda a sobrevivir la tormenta», y fotos también. Y Cinthya solo comparte cosas de los demás o pone fotos de cantantes de segunda. De los hombres, Raúl pone chistes que casi siempre me parecen malísimos o cosas de deportes, Diego siempre sube fotos de zorras enseñándolo todo, Armando se hace el intelectual y pone fotos de cuadros fa-



mosos o frases de libros que seguro que nunca en su vida ha leído. En el grupo siempre hay fotos de ellos en el patio, o chistes que los de la No Sociedad no entendemos. Pero hoy que me metí había otra cosa: imágenes de Ruth. Se me formó un nudo en el estómago al verla ahí, sentada en el suelo del baño del instituto, con los ojos húmedos. La habían engañado, obviamente, y se veían montones de pelo en el suelo y sobre sus piernas. En una de las fotos había una mano con las uñas pintadas (podría ser de cualquiera de las tres) que agitaba un mechón larguísimo frente a la cara de Ruth, que miraba hacia el suelo. Se me llenaron los ojos de lágrimas. El título del álbum: «La Cabra va a la peluquería». Y habían etiquetado a todo el curso y a algunos de sus hermanos. Como cayó en fin de semana, ya tenía muchísimos me gusta, y lo habían compartido muchas veces. Me empezó a doler la cabeza. Yo había intervenido tarde, la habían humillado y, ahora, ¿cómo iría al instituto? Se tenía que rapar para arreglar ese estropicio. Yo odiaba mi pelo, pero no me podía imaginar lo que ella sentía. Y ¿qué le dirían sus padres si los convencía de que ella se había querido cortar el pelo así? La encontré en Facebook y estuve a punto de pedirle que me aceptara como amiga, pero no me atreví. La había tratado de ayudar y me había salido peor, ¿qué más podía hacer?

Hubo comida familiar, regresamos como a las siete y acompañé a mi madre al súper. Me dijo que me veía rara y estuve a punto de contárselo, pero en cambio le dije que

estaba cansada. Estuve dándole vueltas al asunto mientras veía El cuervo por duodécima vez y antes de dormirme decidí encender el ordenador y sacar pantallazos de lo que habían publicado. Se las llevaría a la directora y nadie podría discutir lo que había pasado. En eso estaba cuando me llegó un solicitud de amistad, lo cual era raro. A parte de mis primos, mis tíos y mis padres (iargh!) nadie me pide ser amigo de Facebook. Era Armando. ARMANDO. ¿Por qué querría ser amigo mío? Era de La Sociedad, exnovio (o algo así) de Fabiola, mejor amigo de Raúl el Despreciable... Seguro que ya sabía que yo era la que había acusado a sus amiguitas. El asunto olía mal. Dejé la solicitud sin abrir y me fui a acostar, pero, claro, después de dar vueltas como una hora, me perdió la curiosidad y abrí Facebook en mi móvil. Armando no había escrito nada, pero había copiado un enlace de YouTube. Lo abrí y era *Only* Happy When it Rains, de Garbage. What? Vi el video solo porque me encanta, y después de pensarlo mucho le contesté en mensaje esto: «?». Esperé y esperé, aproveché para ver Paranoid y otros más, y me quedé dormida.



Domingo. Como siempre, mi hermana se despertó antes que yo y empezó a hacer no sé qué en su cajón (siempre lo está colocando, no lo entiendo). Le grité que no puede ser que no respete nada, que me deje dormir, pero le dio igual y hasta parecía que hacía más ruido a propósito.



No vi mi móvil por ningún lado y ya estaba a punto de reñir a Pamela cuando lo encontré entre las sábanas. Lo primero que hice, todavía con aliento de recién despertada, fue meterme a ver si Armando había contestado.

«Pensé que te gustaría.» Esa fue su respuesta. ¿Así, nada más? ¿Estabas por ahí el sábado y pensaste que a la Fósfora le gustaría una canción? Además, ¿qué, en serio creía que YO no conocía a Garbage? Vale... Me llevé el móvil al baño y seguí observando nuestra conversación mientras pensaba qué hacer. Volví a recorrer los últimos días con la mente: el saludo, el beso, la canción. Hice los deberes con la tele de fondo y por la tarde fuimos a ver a mi abuela. Mi cerebro no paraba. Mientras mis padres hablaban con ella, saqué el móvil a escondidas y le escribí a Nadia en el chat.

Yo: Hla

Nadia: K tal

Yo: Farmando está raro conmigo

Farmando = Armando + F de Fabiola, por calzonazos.

Nadia:?

Yo: El otro día m vino a saludar y ayer mandó un link de youtube



Nunca le había contado mis cosas, pero bueno...

Nadia: q link

Yo: Una canción de Garbage

Yo ya había estado enseñándoles un poco de mi música de mujeres feministas.

Nadia: x guasap?

Yo: No. En FB

Nadia: :-0

Yo:!

Nadia: y?

Yo: nada

Nadia: :-S

Yo: :-o

Nadia: k vas a hacer?